

Premio  
Calendario  
narrativa

Raúl Antonio Capote

# Juego de Iluminaciones



CASA EDITORA ABRIL

# JUEGO DE ILUMINACIONES



Premio Calendario  
Asociación Hermanos Saíz

# JUEGO DE ILUMINACIONES

Raúl Antonio Capote

CASA EDITORA  
**ABRIL**



JURADO

ALBERTO GARRANDÉS

RONALDO MENÉNDEZ

SERGIO CEVEDO

Edición: Jacqueline Teillagorry Criado

Diseño y marcaje: Eloy Barrios Alayón

Ilustración de cubierta: Eloy Barrios Alayón, sobre un  
original de Raúl Antonio Capote

Corrección: Marbelys Sánchez Águila

Realización computarizada: Mayra Fuentes Mesa

© Raúl Antonio Capote, 2000

© Sobre la presente edición:

Casa Editora Abril, 2000

ISBN: 959-210-164-7

Casa Editora Abril

Prado No.553, entre Dragones y Teniente Rey,  
La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba.

C.P. 10200

*A mis padres Lecsy y Salvador*

*A mis hijos Raúl y Daniel*

*A mis amigos, los de siempre, los de verdad: Amir,  
los dos Albertos, Guerra y Garrandés*

*A Cienfuegos*

*Recuerda mortal, que si la fortuna perdura ya no es fortuna*

BOECIO

*One law for the lion and ox is oppression*

WILLIAM BLAKE

El pez se muerde la cola, a la manera de los dioses  
otros construyen la ciudad, en silencio, sin argucias,  
ruedan en los andamios, sordos al grito del animal que acecha.

El pez gira, se atraganta, maldice,  
escupe su propia voz.

Ellos levantan piedra a piedra el lecho de los héroes,  
el escudo atravesado por la lanza;  
hacen el amor

y callan mientras amontonan el polen.

En la lengua del pez se cruzan los caminos,  
la verdad,

su verdad escrita en la correosa piel;  
otros construyen la verdad en sus espaldas,  
piedra a piedra,

olvidados los estertores del que maldice pegado a las rocas.

# SIETE Y MEDIA CON FRÍO

*Luna llena y trancochana  
pagarás tus pecados mañana.*

PROVERBIO DE LOS MARINOS CATALANES

**R**ecostada al desvencijado chasis de una Leyland, la muchacha sonríe. Lleva un vestido de óvalos rojos, delgada, el cabello rubio, piernas largas de mujer, rematadas con sandalias de cuero, la cara cubierta de maquillaje parece una máscara.

Alrededor del esqueleto de la Leyland un bosquecito de majaguas se estremece y lanza de vez en cuando una lluvia de flores gomosas. El viento trae fragmentos de risas y música de una fiesta. Hay frío y la muchacha con la piel de gallina finge no sentirlo. Tres muchachos discuten algo a tres metros de distancia, mientras ella traza círculos con sus sandalias en el polvo. Uno de los jóvenes se le acerca y la estrecha por la cintura, ella lo rechaza.

–¡No!

Dice con firmeza y luego se arrodilla y abre con dedos diestros la portañuela del muchacho. Los otros miran y se palmean los brazos, hay frío, la música de la fiesta les llega a retazos.

–Nicolás, eso así a mí no me gusta.

–No seas ratón. Tú eres hombre ¿o qué?

La muchacha parece transparente con el miembro de Nicolás en la boca, y el frío, y el semen que se derrama sobre el vestido de óvalos.

–Guajiro, parece que a Tito no le gustan las mujeres.

El Guajiro intenta acariciarle los senos por detrás y la muchacha lo empuja con rabia.



Ella juega con la tierra, traza círculos con el dedo, luego los rompe, toma puñados de tierra y los amontona en filas, de nuevo círculos, mientras escupe y el semen le corre por la comisura de los labios. El otro muchacho se le acerca, su cuerpo tiembla, ella le abre la portañuela y lo mira con sorna.

-¿Tienes miedo?

La lengua, los labios se mueven a un ritmo constante mientras traza círculos en la tierra, un corazón que luego borra, escupe de nuevo en el mismo lugar y su mirada se pierde en las majaguas.

-¿Por qué no?

-Diez pesos más.

Se alejan unos pasos, cada vez hay más frío y el suelo se cubre de flores, el rayo de luz de un auto logra filtrarse entre los árboles y alumbrar la antorcha de la Leyland.

Se tiende sobre una chapa de la carrocería que Nicolás pone en el suelo e intenta una sonrisa, transparente con sus ojos azules, un pez yerto sobre la chapa de metal donde sudan sofocados, uno tras otro. El humo de los cigarros, los jadeos, el polvo y la mirada del más allá de la muchacha se condensan y tornan el aire duro, difícil de respirar. De la fiesta llega la melopea del «Sex machin» y las risas.

-Música de viejos, parece que viene de los edificios.

La muchacha está sentada con las piernas abiertas, cuenta el dinero y se lo guarda entre los senos, luego se pone de pie, el semen le corre por las piernas, ella las separa y con un rápido movimiento del índice sobre los muslos lo escurrir y lo lanza al suelo.

El cantante repite hasta el cansancio su «Sex machin», las luces de los edificios, los autos que pasan, el viento, el frío, la muchacha que dice que se va y esboza una sonrisa.

-La voy a acompañar.

Dice Tito.

-«Broder», ¿tú estás loco?

-La voy a acompañar.

Él la mira con lástima, sus amigos se alejan riendo. Salen del bosquecito de majaguas, atrás queda la vieja Leyland con su antorcha encendida, llegan a los edificios donde ahora Roberto Carlos quiere ser la canción de alguien, su cama y su mesa.

-Música de viejos.

La muchacha no le presta atención, desde un balcón lanzan serpentinas a la calle, donde hay una hilera de autos modernos de carrocería brillante. Enfrente rompe la policromía un desvencijado Lada montado en burros. Él mira a la muchacha que camina a su lado indiferente, y se imagina que llora, quiere verla llorar y piensa en las telenovelas, en la revista *Vanidades* que le prestó su tía, y quiere oírle decir «lo hago por necesidad, mi mamá está enferma, mi padre es jubilado y somos trece en el núcleo».

Él quiere que lllore en su hombro y le diga que no tuvo más remedio. La estrecha por la cintura, la recuesta a la viga de un anuncio publicitario PEPSODENT «dientes blancos, fuertes y sanos para toda la vida» y la besa en los labios que ella aprieta, y se separa y le mira no sin cierto asombro. Las mendaces manecillas del Reloj Club marcan la misma hora de siempre.

En las páginas de la novela él habla con su tío y la ve con lágrimas de felicidad, agradecida a él que la puso en el buen camino y le brinda la posibilidad de reintegrarse honestamente a la sociedad y a sus compañeros felicitándolo y ellos dos en el campo, sudorosos y felices y en el mostrador de la tienda, con el uniforme nuevo, perfumada y bella.

En la parada, el ómnibus no se detiene, por lo que siguen a pie por el cada vez más tortuoso camino de calles cada vez más oscuras.

–Déjame, yo puedo seguir sola.

–De ninguna manera.

Llegan a un laberinto de cuartos uno sobre el otro, a la entrada, un negro sentado sobre unas cajas los mira con picardía. Cerca hay un carromato del circo, con peces dibujados y un señor que toca la flauta con cara de Dios de los Vientos.

–¿No te gusta el circo? Hace poco se inició la temporada con un gran desfile, elefantes, trapecistas, caballos, saltimbanquis, magos, leones.

Medios puntos llenos de polvo, sacos de yute, zines, latas, viejos anuncios de la Coca-Cola, ronquidos, sombras que pasan sigilosas, olor a humedad y orine de gato.

–¿Falta mucho?

–¡Yenai!

Sale el grito de lo más profundo del laberinto. Ella sonríe, pone los brazos en jarra y luego muestra el dinero a sus amigas que admiradas la celebran.

–¡Eres una bárbara!

Orgullosa le da diez pesos a una de ellas.

–Ve y busca una botella a casa del Chino, dile que del bueno.

–¿Y este?

–Paganini.

Todas lo miran y ella ríe con fuerza.

–Mi bacán, ¿verdad que está bueno?

Y todas ríen.

Una de ellas se le acerca.

-Cinco baros, socio. Yo no soy tan buena como ella, pero mira, yo no tengo dientes.

Y abre la cuenca de su boca desdentada, en medio de las risas, el frío y el olor a orine de gato de la cuartería.

# HOMO FALLUS

*Conde Thur: Dadme un trono y seré Dios.  
Princesa Heidi: Dadme una espada y seré un guerrero.  
Galgo del Rey: Dadme un velo y seré una mujer.*

CRÓNICAS DEL SUMO

**N**o sintió los pasos en la hierba, el murmullo del agua en la laguna de oxidación, canales, trampas de hierro, el edificio donde por ensalmo se construyen las cascadas y el agua turbia pierde su quietud y hace espirales, remolinos y hay flores y nenúfares. De lejos parece ser el paraíso ese cúmulo de sortilegios y el ruido del agua que cae.

El corazón le latía sin orden, «¿será él?», «¿vendrá él?» El grupo señalándole con el dedo, la curva del gimnasio cruzada a la carrera, el campo deportivo, los edificios azules de los dormitorios, la escalera de hierro para bajar al centro de la tierra, la furnia llena de trincheras, refugios y garzas que bailan al ritmo de las máquinas, entre el lodo, entre los nenúfares.

Él vendrá a las ocho, los chorros de agua lanzados por las máquinas, la espera, el recuerdo de su pecho agitado en el baño, el miedo, las burlas, el deseo, las aspas de hierro que todo lo disuelven, los lagartos caballeros de lanzas fálicas, las sombras de las cascadas entre los fortines de la furnia, «él vendrá a las ocho».

No sintió los pasos en la hierba, la hebilla del cinto que choca en el cemento «¿eres tú?», «¿eres tú?» y su torso de atleta bañado por la luna, «llegas tarde» y las garzas que levantan el vuelo «pensé que no venías». En el centro del lago el Homo Fallus cubierto de nenúfares comienza el baile, las garzas forman círculos que luego rompen y forman nuevas agrupaciones. Dejó caer el pantalón al suelo, la respiración se le hizo insoportable; un alfanje azul, una cimitarra lunada, se

le introdujo en la boca. El Homo Fallus alzó su cuerpo sobre el lago, una lluvia de flores y el agua refracta la luz de la luna, dos sombras chinescas en la pared, unidas por el baile, el extraño animal formado por las sombras y el agua, él pasa la lengua despacio y el otro gime. Una risotada, un grito de la bestia desde el centro del agua y las sombras que se multiplican en la pared, la hierba que amortigua los pasos y el complot, la sombra principal que se invierte y espera, un juego de incubos y súcubos, demonios que alzan el vuelo en forma de pájaros blancos.

La patada le hizo doblarse en dos «¿por qué me haces esto?», le golpea con las botas «no, por favor», y los otros que no sintió llegar ocultos en el ruido de la cascada y el cantar del Homo Fallus, las botas golpean y golpean, los torsos se agitan en la faena, la ira, la duda, el miedo. Las sombras chinescas en la pared son ahora un caos, las garzas no entienden este cambio que les rompe el paso y baten el agua con sus alas y le arrastran desnudo entre los aromales.

El Homo Fallus ríe en medio del caos, con su pene erecto cubierto de espuma, su pene con la triada de glándes como corazón de buey, en gesto triunfal elevados sobre el agua y él vomita y le rompen la boca, le hieren en la ingle «yo lo sabía», «siempre se lo dije», «en el baño». El Homo Fallus toma el cuerpo inerte y se lo lleva dando grandes brazadas, las sombras chinescas quedan fijas en el muro en actitud de síncope, sombras de ángulos dispersos, casi una mancha sin definirse, un borrón. «¿No creen que se nos fue la mano?» Unos orgullosos, otros cabizbajos, y las voces, la voz que se desliza y recorre el trayecto y es una leve onda sobre el agua.

El cuerpo cubierto de nenúfares y malanguetas, acompañado del festín de las ranas. Aquí no hay peces, ni ocurren milagros. El Homo Fallus se sumerge en busca

de la duda y la pone a flotar junto a él. Danzan estrechamente enlazados, cuerpo cubierto de escoriaciones, del croar de las ranas, de lodo. Las malanguetas iluminadas por la luna forman un extraño traje de novia, canto de las máquinas que todo lo remueven, bailan cubiertos por las flores, las plumas de las garzas, el fango y el espectro de los peces ausentes en la hecatombe de la no agua, en ese engendro donde se rompe la luz, bailan hasta el amanecer, el ser con apariencia de serpiente, grueso, musculoso, con sus glandes como corazón de buey, enorme sobre la laguna, danzan en la no agua, en el frío, a donde van a parar las garzas, las ranas y todas las inmundicias.

# NARANJA DULCE

*Mira como viajo y doy vueltas por la ciudad  
en la noche del día de regreso;  
levantado como un sol o como una luna muerta,  
según se mire.*

I.G.

**L**a lluvia cae con fuerza, el maquillaje se corre y gotea sobre el vestido, un borracho orina recostado a un poste. Ángela hace descender la cremallera del traje de rumbera que rueda por sus hombros, descubre los senos, las caderas, los muslos. Desnuda camina bajo la lluvia, se suelta el pelo, desnuda la pegan los autos en la pared, sombra chinesca creada por el fugaz flascheo de los faroles, desnuda salta al andén donde el agua es un arroyo revuelto, camina contra la corriente, nadie la ve, la ciudad está a oscuras, la calle vacía solo es ocupada por su sombra y la lluvia que lava y purifica que no cesa y que le corre por la piel, lavándola.

Siempre acude a este acto de purificación para liberarse de las manos, de los besos, de las miradas; sube desnuda las escaleras hasta la azotea, entre los muebles viejos, basura y escombros del edificio que se mantiene en pie por puro milagro. La azotea llena de olor a mar cercano, con su aroma de algas y salitre, la noche alumbrada por la llama roja de la refinería, rodeada por la esfera de la Gran Logia, las agujas del Sagrado Corazón de Jesús, y las tiendas que poco a poco comienzan a resurgir de las ruinas, palpitar de la ciudad que duerme y renace. Desnuda se llena de sus olores, de sus sueños, del aroma del cercano Barrio Chino, del rítmico Cayo Hueso, del palpitar de Los Sitios, de los trenes de la Estación Central.

El agua lava la acera, lava la calle, borra el maquillaje y se desliza por su cuerpo, entre sus senos que parecen dos mangas pequeñas, al ombligo, al vientre terso, al pubis donde se bifurca y se transforma en riachuelo, a las piernas, al suelo.



Los reflectores, y ella baila, la rumba, los tambores, el seguidor, su cuerpo cimbrea, es Isacar la Babilonia celebrando la victoria de En-lil, es la bailarina de Creta que baila entre los cuernos del toro, es Astarté, la Pandemos, Ochún, el placer vive en su pecho, siente el jadeo de los dioses, el vaho que le sube por los muslos; baila con los cinco pañuelos que le cuelgan de la cintura, hace sonar sus pulseras de oro, mueve las caderas entre las luces, los aplausos y el deseo que se clava en los corazones.

Las madrugadas, «Los treinta y siete movimientos», «La lluvia de oro», la rumba, y después llegar al cuarto en lo alto del edificio por la escalera al borde del derrumbe, entre el olor a gas y los cables eléctricos. Abrir la puerta una noche y encontrar a Carlos y a Maritza en la cama, desnudos, sorprendidos, Maritza su amiga y Carlos el bueno, que quería casarse y todo, el que fue a Media Luna el verano pasado a conocer a sus padres, el que no quería que ella bailara en el cabaret, desnudos los dos en la cama, y la cara arañada de Maritza, y el vientre golpeado de Maritza, y los gritos, y los vecinos asomados a la puerta, los tres en la patrulla, en la Unidad, y él que más nunca apareció.

Llegó al cuarto, bajo la lluvia, al cuarto a oscuras. Abrió la puerta, fue al baño y se secó con una toalla frotándose el cuerpo con la felpa hasta poner la piel roja, se puso una bata de casa y se dejó caer sobre el sofá.

Encima de la mesita de noche había dos latas de refresco de naranja; no era la primera vez que ocurría, en los últimos tiempos, en varias ocasiones, había encontrado latas de refresco en varios lugares del cuarto; ruidos sospechosos que atribuyó a algún mirahuecos, pasos en la escalera, suspiros, una extraña resina sobre los muebles. Cambió el llavín de la puerta, aseguró las ventanas, puso oraciones del Ánima Sola y del Justo Juez en varios lugares de la habitación, esparció perfume y cascari-lla, su madrina le aconsejó contentar a los muertos con

flores, aguardiente, tabacos, frutas y dulces, pero los ruidos siguieron, y las latas de refresco de naranja.

Esta vez, además, el cuarto estaba en desorden, tomó el quinqué, vio el escaparate abierto y vacío, se dejó caer en el suelo y rompió a llorar, debajo del colchón tampoco estaba el dinero. El traje de rumbera había quedado bajo la lluvia.

Pensó llamar a la policía, pero tendría que bajar de nuevo y caminar tres cuadras para llegar al teléfono. Estaba tendida de espaldas cuando vino la luz, abrió la ventana, la ciudad se había llenado de candilejas, de estrellas que titilaban bajo la lluvia. Las latas de refresco las botó a la calle por la ventana.

Fue al cuarto vecino y tocó a la puerta, tuvo que hacerlo varias veces hasta que una voz soñolienta y airada la increpó.

-¿Quién coño es a estas horas?

-Soy yo, Ángela; ábreme, Paco, por favor.

Un negro con cara de pocos amigos entreabrió la puerta, los ojos amarillos inyectados de venillas rojas.

-Paco, mi socio, fíame una.

-¿Sabes la hora que es? ¿Y fiao?

-Anda, Paco, que me mudaron.

-¿Cómo que te mudaron?

-Se me colaron en el cuarto y no me dejaron nada.

-¿Llamaste a la policía?

En el cuarto del negro hay polvo por todas partes, se tendieron en una columbina que cruje como mil demonios, y ella se le sube encima y «le da una de las buenas», pone la mente en blanco y Paco suda y gime y le grita «¡Putá!», y ella está bien lejos y le deja descolgado, desmadejado, contemplando el cuerpo espléndido que se aleja desnudo con una botella de alcohol en cada mano.

Casi resbala con la resina del suelo, se reclinó en el sofá, el líquido bajó ardiente por su garganta, maldijo a Carlos, a Maritza, que la convenció para que dejara la Universidad, al cabaret, a las manos, a los labios, a los dientes que marcaron su piel. Carlos que habla de casarse con ella y luego se acuesta con su mejor amiga, las luces, la música, la ciudad de sus sueños.

Se da un trago y siente una mano que le acaricia un hombro, una caricia tierna, escucha el sonido de una lata de refresco que se abre. Sobresaltada busca en el cuarto y ve una figura regordeta que flota en el aire, una figura de niño que la mira con ternura mientras toma su refresco. El niño sonríe, bebe y se aleja dando rápidos planeos, deja la lata vacía sobre el refrigerador, se sienta a su lado, algo extraño emana de él, algo desconocido que brinda afecto y la hace sentir segura.

—¿Quién eres?

Él sonríe y la acaricia, ella le brinda de la botella, él la rechaza y bebe de su refresco, la acaricia suave, con delicadeza, el pelo negrísimo, la curva de la espalda, la cadera, y ella le cuenta del tipo que quería que ella lo hiciera con Maritza, del asco, del olor a perfume barato, del tabaco rubio, de los seres bermejos que beben su sangre y sus sueños. Sentado en sus piernas le roza los labios con los dedos, frota sus pezones con los labios, ella llora, la toma de la mano y se para en la ventana.

—Ven, ven, ven.

La noche es diáfana, hermosa, Ángela bebe lo que queda de la botella, mira a la luna y tararea «*Dar sai of di mun*», ríe triste a la figura que la toma del brazo, se para junto a él y se lanzan al vacío.

La luna es magnífica, y ellos buscan los vidrios de colores, los vitrales de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, hacen girar las manecillas del reloj de la Gran Logia,

planean casi pegados al asfalto de la Avenida Salvador Allende, Reina, San Nicolás, Zanja envuelta en la magia de la quinta luna. La noche es cálida, Ángela entrega su cuerpo desnudo al aire de la ciudad, vuela entre los edificios, sobre las azoteas, hasta el amanecer; nadie la ve, se introduce en la privacidad de alguna casa y nadie la ve, nadie la ve volar desnuda envuelta en el aroma del café y las primeras luces, las primeras voces de la ciudad que despierta.

El golpe en el asfalto atrajo la atención de un grupo de curiosos que se agrupó alrededor del cuerpo que yacía en la calle. Paco, despierto por los gritos, corrió al cuarto de Ángela, la ventana estaba abierta, y abajo, en la acera, el cuerpo mezclado con el fango y los escombros. Recogió una de las botellas de alcohol que había quedado intacta, hizo un gesto de indiferencia con los hombros y regresó a su cuarto.

El ulular de la patrulla acabó de romper el silencio, terminaba de darse un largo trago, cuando descubrió sobre la mesa dos latas de refresco vacías.

# DUSINANIA

*¡Quita el pico de mi pecho!  
¡Deja a mi alma en soledad!*

EDGAR ALLAN POE

**H**ay una luz final, el cantautor y las manos, los aplausos, y el de la flauta con su gorra de peregrino, el circo, la carpa y la tarima. El mago se quita el gorro y los saludos terminan en estruendosos aplausos.

En la arena hacen juegos de manos, sacan palomas del sombrero, pañuelos de colores y conejos, la gente embelesada contempla los perros amaestrados, la foca que lanza la pelota al público. El juglar toma la guitarra y la hace descansar sobre sus piernas, el encantador se lleva la flauta a los labios.

Para atravesar la masa, moverse entre sus ligamentos se necesita ser un experto y todos miran a la intrusa, la reconocen aunque se esconda en la espiral de la flauta. Comienza el movimiento, el síncope que nace de las notas.

–¡Intrusa!

Ya todo está en acción, la arrastran, los peces mueven sus aletas encarnadas. Volar sobre la ciudad, sobre la carpa, sobre las luces, la danza, la calzada cubierta por el paso de los caballos, las jaulas con los leones, los tigres, los elefantes enlazados por la cola. La intrusa trae todo el polvo de la ciudad, todo lo oscuro, el fango impreso en la ropa, el humo de los autos. Mapa de la ciudad su cuerpo, olores de la ciudad, sudor, sus cuitas y los peces chapotean en el barro y ríen y la señalan.

–¡Sucia!

Con sus cuellos afeitados, limpios, envueltos en una nube de colonia, una gorda sostiene una farola, chillá,

grita con los peces en los flancos, los peces que le muerden la cadera, la masa de su vientre con olor a limón, ríe sin dientes, sudorosa y feliz.

–¡Sucia!

La señalan, el pantalón con salpicaduras de todas las calles, descubre la transparencia de su piel, los artificios donde nadan el ónix y sílex, la hoja oxidada por la sangre de los dioses. La señalan y se tornan serios, la señalan y la escupen, decenas, cientos, miles de pies descalzos que chapotean en la calzada y la lluvia borra el rastro que las hojas le dejaron en la piel.

Volar sobre la ciudad, sobre la carpa multicolor, sobre el bramido de los elefantes, los trapeceistas y los payasos, sobre las heces y el fango.

–¡Intrusa!

–¡Intrusa!

En el segundo piso de un edificio adornado con flores y guirnaldas, está el grupo.

–¡Bienvenida!

Sentados en el suelo con todo el polvo de la ciudad en sus rostros, cueros, espinas.

–Bien, lograste salir.

–No pienso regresar más.

Ellos beben un líquido blancuzco y flotan y se evaden, el sonido de la flauta intenta entrar por la ventana tapiada, ellos ríen, señalan el libro que ella esconde bajo la blusa, ellos también son uno solo, amalgamados, el síndrome de la unidad los protege, pero son otros ellos, están llenos de miedo, pero este desaparece cuando se vuelven un rostro. Esconden su libro, esconden su pluma que aquí la convertirían en una intrusa y no puede darse el lujo, podrían relativizar su miedo, dividirlo en diferentes partes o atomizarlo en el espacio exterior.

-¿Quieres probar la sopa?

Da un sorbo y se vuelve transparente, alguien se afana en la cocina.

-¿Quieres?

Un muchacho delgado, con el pelo grasiento en jirones sobre la espalda, desnudo, remueve la sartén sobre el fuego.

-A tu sopa le falta algo.

Toma un frasco del aparador y deja caer tres gotas en el vaso.

-Sin esto es pura basura.

-Tus ojos están vacíos.

El plato gira sobre el grupo, ella prueba y el sabor del huevo se mezcla con un sabor amargo que le hace dar una arcada y escupir.

-¿De qué es la tortilla?

Todos ríen, le acarician la espalda, los senos vibran como peces, el muchacho de la cocina toma un pincel y le pinta de azul los pezones.

-¿De qué es la tortilla?

Sabe amargo, la saliva le corre por la comisura de los labios, se le adormece la lengua, siente náuseas y suda frío. Le quitan el pantalón y ahora es azul el pubis. Una lengua lame el azul, alguien dibuja peces en su espalda; bebe un largo trago para espantar la vergüenza, está desnuda en el centro del círculo de tiza, es lamida y siente la piel de espuma. La grabadora a todo volumen espanta las notas intrusas de la flauta que ha logrado infiltrarse.

Es lamida y acostada en el suelo, recuerda los peces y sus mordidas, el cocinero le deja caer tres gotas en los labios. El tiempo se extiende y olvidan, olvidan y la esgrima de los cuerpos termina en danza y la danza en vuelo; comienzan a mover con furia las cabezas,

una muchacha la invita a bailar, sobre su ombligo hay una sirena y dos cruces, en el seno izquierdo una rosa.

Otra ronda, un cigarro, saliva, el líquido amargo, intenta ponerse de pie, da unos pasos y rueda por la escalera.

-¡Cuidado, que puedes abrir la puerta!

Afuera continúa la función, el cantautor abraza al hombre de la flauta, los elefantes engalanados enlazan trompas y colas, los saltimbanquis hacen giros de vértigo. El mago toca la flauta con los carrillos inflados. La puerta se transparenta y la señalan y le gritan.

-¡Intrusa!

-¡Sucia!

-¡Intrusa!

Los peces ríen, las brujas llevan en andas al encantador.

-¡Intrusa!

-¡Intrusa!

La muchacha la llama desde la escalera.

-Ven, que puedes abrir la puerta.

Ella mira indecisa a la luz final de la escalera, donde la muchacha desnuda hace cimbrear las cruces del vientre, luego, afuera, donde los altoparlantes anuncian la próxima función.

-¡Cuidado!, que puedes abrir la puerta.

La muchacha baja y la toma del brazo, ella se resiste sin mucha convicción. Allá afuera no es nadie, arriba tampoco es, arriba la esperan, le dan un sitio, ellos también son intrusos y eso los une de cierta forma. La muchacha le besa suave la mejilla y la enlaza por la cintura, la rosa en el seno es una llamarada.

-Ven, que puedes abrir la puerta.

Y se bebe el azul de un golpe.



# OÍDO PROFUNDO

*Los corazones de los hombres  
no podrían soportar la intensidad  
de la revelación.*

BAHA U'LLAH

**L**a ciudad se ha llenado de banderolas, guirnaldas, luces, el Juglar desliza sus dedos por las cuerdas. Los peces. El Dios de los Vientos con los carrillos inflados sopla sobre la avenida, esparce el polvo, papeles, hojas, el Fakir, el Tragaespadas, la Mujer Barbuda, los Payasos, todos nacen de su voz cálida pero nadie advierte su presencia, es un cazador de historias sin mucha suerte, el Dios de los Vientos sopla sobre las cuerdas del laúd, murmullo de agua que corre al badén en busca de las hojas revueltas en el fango.

Hay un hombre, solo, en los bancos de madera, su mirada se pierde en el dorado del altar mayor. El Juglar se acerca, un gorrión se pierde en la luz de los vitrales, hay miedo en los ojos del hombre que rompe su quietud y lo mira.

–No hables, no digas nada por favor, afuera acechan las palabras.

Luego regresa a la quietud, se hace mármol, solo sus hombros se estremecen levemente. El Juglar cierra los ojos y desliza los dedos por las cuerdas, el órgano, el templo, el hombre solitario que escucha de rodillas la música celestial del Padre Antonio Scier. El viento del sur derrama sobre la ciudad un lejano olor a yerba, a melaza, y despeja un tanto de humo, se lo lleva al mar. El sol mitiga los vitrales, los brillos del altar mayor, las sombras, las imágenes, el coro que ensaya las Antifonas a María, dan una especial solemnidad al hombre que reza, al templo.

Afuera es polvo, un mísero grano en la multitud que lo zarandea, lo aplasta con el peso de las voces que solo él escucha. Aquí tiene silencio tras esos muros fileteados en oro, entre el sol hecho abanico de colores, los alfarjes de caoba, las copulillas enchapadas en cerámica, las torres, los retablos barrocos, las altas agujas del mendaz neogótico.

Todo empezó, quizás, en la escuela, su oído le permitía escuchar a cualquier distancia, a través de cualquier obstáculo. Si alguno de sus amigos estaba en problemas, hacía una nota poniéndolo al tanto. Su mayor placer estaba en la incógnita, aprovechaba un descuido de su compañero y deslizaba un aviso en un bolsillo, cuaderno, etc.

Con los años su don se desarrolló, pasaba horas clasificando los avisos, infidelidades, traiciones y delaciones, tretas. Gozaba de su empresa a la callada, moralmente satisfecho, se volvía etéreo, flotaba en su cuarto. Para familiares y amigos era un tipo raro que apenas salía de su habitación y que no cruzaba palabras con casi nadie.

Empezó a sufrir pesadillas el último verano, despertaba envuelto en el estruendo de vidrios rotos, como si todos los cristales de la ciudad estallaran a un tiempo en sus oídos, lograba adormecerse con un caracol, lo pegaba al oído y se llenaba de su vieja voz, tormentas, calmas, naufragios, armonía.

Todas las voces de la ciudad a un tiempo, con rencores, iras, alegrías, amores, dudas, miedos. Cuando tropezó con el Domador, hombre rudo, ejemplar de chaqueta roja con abotonaduras doradas, revólver al cinto y mirada fanática, tuvo un día completo de silencio, él le miró intensamente con sus ojos de pez mientras se golpeaba los faldones del pantalón con la fusta, podía sentir el

latir de su corazón apenas perceptible, como si en ese pecho no latiera nada, en esos ojos había una luz siniestra que le puso la piel de gallina.

Fueron unidos por una fuerza ignota, desde entonces se sentía girar atraído por una repulsa sin límites que le impedía fundirse, pero lo hacía rotar a su alrededor; rostro de ángulos duros, barba de chivo, cuerpo irradiador de energía que destruye la voluntad.

—¡Señoras y Señores! ¡El gran mago!

Los aplausos, la multitud que espera, el chasquido del látigo.

La carpa, las luces, los caballos, el batracio grabado en el iris del Domador.

—¡Señores y Señoras!, desde las lejanas tierras...

Se escondió en su cuarto pero no encontró la paz. Las conocidas voces, las queridas voces que siempre escuchó con el placer de quien se cree dueño ahora le resultaban sospechosas.

Y deslizó la primera palabra ajena en los oídos del domador, notas, tarjetas, billetes, una fuerza que lo obligaba a trabajar sin descanso, desde su apartamento, desde la ciudad le cercaban las palabras, duras, pesadas como piedras, que inevitablemente soplaban en los oídos del domador. No quería hacerlo, sufría, pero no encontraba la forma de huir de las voces.

Se refugió en la escuela de música, Debussy, Ravel, Liszt, Verdi, Bellini, en la vieja casona de alfarje prebarroco creyó que podría escapar, un breve chispazo inducido por la energía del escudo de armas del frontón, por el vaivén de los girasoles sembrados en el patio, machimbrados con calabazas y frijoles. Un cartel desteñido por la lluvia le devolvió la fuerza a las palabras que entraron a tropel en su búsqueda. Cartel en el faldón del alfarje, en la verja del jardín, carteles en las

puertas, cartel con flecha roja señalando al aljibe. Fue a esconderse en el salón de la ópera, Gluck, Wagner, Mozart, Spontini, tampoco le salvaron, ahí estaba el Comendador, la imagen de piedra del Don Juan de Rossini y la palabra que hace presa y derriba las habichuelas y el quimbombó del otrora jardín.

Una tarde, un canto neumático, una especie de vaga melopea, una grasolabia entrecortada por suspiros y arrobamientos llegada desde el fondo de los tiempos. María Magdalena que ha tenido la visión de Jesús, los Apóstoles en Emmaus espantados y arrebatados por la presencia sobrenatural, la húmeda noche de las cavernas, donde al resplandor de una antorcha se reúne la muchedumbre de los fieles. Cantus Firmus que hace enternecer el alma, te deum, magnificat, misserere, el canto le hizo pasear por esas soledades, perdido todo rastro terrestre.

Misserere y todos posternados. ¡Palestrina! Sintió un transporte del corazón, se sintió elevado por el tumulto, el dolor se transformó en delicias. El órgano magnífico de múltiples agujas y sonoridades mágicas.

Era una sombra cuando entró, ahora desafiaba la presencia, la marca de las palabras en los vitrales. El juglar apoyó el laúd en el suelo, la madera golpeó las lozas y un sonido como el aletear de un ángel recorrió el templo.

La multitud enarboló carteles, sonaron silbatos y matracas.

–¡Vienen, vienen, vienen los payasos!

–¡Vienen, vienen, vienen los payasos!

El hombre se puso de pie y con gesto enérgico ordenó silencio.

El Juglar: –Lo evidente para todos es para mí turbio, y seguro, solo todo lo que es incierto.

Hombre: –¡Silencio! Tú eres solo una voz, una palabra que se logró infiltrar.

El Juglar: –¿No ves que estamos solos?

El Juglar desliza los dedos por las cuerdas y se detiene en espera del aplauso que cree merecer, en espera de los vítores, pero la multitud patea, silva, vocifera.

–¡Los payasos! ¿Queremos los payasos?

El seguidor alumbra los aros, las cajas, las cuerdas, la chaqueta del domador que delata su presencia con el restallar del látigo, los mira con ojos de pez, se ajusta la chaqueta, abre la puerta y deja que entren en torrente las palabras.

# ÍNDICE

Siete y media con frío /11

Homo fallus /16

Naranja dulce /19

Dusinania /24

Oído profundo /28



Como las figuras de un calidoscopio, interactuantes y diferentes entre sí, transcurren estas narraciones que se desnudan a la consideración del lector. Por la lente desfilan en silencio la ciudad y los personajes que construyen otra verdad a sus espaldas. Entonces, el fregonazo de las luces es un pretexto, el lector es parte de la figura que conforma su juego y deslumbrado por los signos, le toca descifrar también, cómo, quién y por qué todas las voces del coro, no importa que la música como verdad escrita en la correosa piel busque refugiarse en la espiral de la flauta.

RAÚL ANTONIO CAPOTE (Ciudad de La Habana, 1961). Narrador, textos suyos aparecen recogidos en antologías y publicaciones periódicas. En Cienfuegos publicó su cuaderno de cuentos *Para divagar mientras llueve*. Obtuvo mención en el concurso de cuentos Ernest Hemingway con su libro *Para siempre en campo de fresas*. En 1999 la Editorial Letras Cubanas publicó su novela, *El caballero ilustrado*.

ISBN 959-210-364-7



9 789592 101647

CONSEJO  
ABR L